

Andrés Trapiello

Fractal  
del Salón de pasos perdidos.

Una novela en marcha

Con un epílogo inédito del autor

**Alianza** editorial

Primera edición: junio de 2024

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © Andrés Trapiello, 2024  
Antología de los 20 primeros tomos de la obra *Salón de pasos perdidos*, de Andrés Trapiello, publicados en la editorial Pre-Textos de Valencia entre 1990 y 2016. Edición de Pilar Álvarez a partir de la selección realizada por Nieves García, Ana Pérez Cid y Manuela Romero.
- © Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-760-3  
Depósito legal: M. 11.566-2024  
Printed in Spain

# Índice\*

Libro 1 .....	11
(1987-1993)	
<i>El gato encerrado / Locuras sin fundamento / El tejado de vidrio / Las nubes por dentro / Los caballeros del punto fijo / Las cosas más extrañas / Una caña que piensa</i>	
Libro 2 .....	203
(1994-2000)	
<i>Los hemisferios de Magdeburgo / Do fuir / Las inclemencias del tiempo / El fanal hialino / Siete moderno / El jardín de la pólvora / La cosa en sí</i>	
Libro 3 .....	521
(2001-2006)	
<i>La manía / Troppo vero / Apenas sensitivo / Miseria y compañía / Seré duda / Sólo hechos</i>	
Epílogo .....	799
(2024)	
<i>El paisaje infinito</i>	

\* Los aforismos han sido incluidos sin conservar su emplazamiento original. La secuencia espacio-temporal no siempre ha podido conservarse. El conjunto sigue siendo una ficción.



«Por doquiera que el hombre vaya  
lleva consigo su novela».

*Fortunata y Jacinta*, 1, 3, III



# Libro I

¿Cuántas páginas ya de este diario?  
Todo empezó cuando un día  
me miré en un espejo y no vi a nadie.





## Prólogo

ESTA mañana tenía el Rastro esa grandeza de los días de invierno. Apenas había amanecido y ya estaban desplegándose los primeros puestos. Todas las cosas que iban extendiendo sobre la acera parecían oxidadas, chatarra, latón viejo; hasta los libros tenían algo de escombros.

El cielo, empañado de frío, no se sabía todavía si iba a ser azul o gris, y desde Mira el Río se veían allá abajo, uno aquí, otro más allá, los vivacs encendidos. Son fuegos que meten en calderos de zinc o en bidones que cortan por la mitad y en los que hacen unos agujeros para que las llamas respiren. A veces queman una cómoda entera, con cajones y todo, o la pata de una consola que recuerda el cuello de un cisne. Alrededor hay siempre gitanos vestidos de punta en negro, muy elegantes, que parecen duques. El aire entonces se llena de un olor pestilente a barniz quemado o, por el contrario, huele a pino y a resma de papel, que se mezcla con el olorcillo a pan reciente que sale de dos tahnas que están casi juntas.

Luego X y yo, un poco cansados de hacer el zapador, hemos ido a tomar un café a uno de esos baruchos del Rastro que tienen en el escaparate tripas atadas a unos palos y cazuelas con callos fríos. Buscar libros hay que hacerlo en ayunas, como los verdugos.

El dueño no estaba. Nos ha servido una señora gorda que hacía bromas picantes con un buhonero que llevaba puesto un flamante anorak de slalom, de color rojo.

Le digo a X que estoy corrigiendo un diario.

—Esta vez va en serio.

—¿Lo publicarás?

—Si alguien me lo pide, sí. ¿Por qué no?

—¿Citas a la gente por su nombre?

—Casi nunca. No me atrevo.

—¿Por qué?

—No me gusta presumir de amigos. Me gustan poco los diarios que parecen el Gotha.

—¿No darás la impresión de misántropo?

—No quisiera. Yo no soy un misántropo. Me gusta la gente, tengo curiosidad por sus vidas, me enternecen a veces, me irritan otras. A un misántropo la humanidad le importa poco. A mí no. Creo en la vida. Si no, no me levantaría a las siete y media todos los domingos para venir al Rastro.

Más tarde, en casa, rumio lo que me ha dicho X; tiene razón, pero no puedo hacer otra cosa. Pienso con cierta nostalgia en mis amigos, a los que de verdad admiro y quiero. Tendrían que tener un lugar en estas páginas. Pues no. No me encuentro con fuerzas para escribir: «Me he encontrado con Fulano, magnífico novelista...», «He estado en el estudio de Mengano. Sus cuadros, comparables a Morandi, a De Pisis, a Corot, a Lega...». Quizá el lector, si viera frecuentadas estas páginas por gente conocida, pensaría: «Menudo tío». Por otra parte, a mí me ocurre como a estas madrugadas domingueras.

Prefiero, con gente que no conozco —y a los lectores no les conoce uno—, prefiero ser como ese cielo madrugador: que no sabemos si será azul o gris. Ese secreto. Ese misterio.

Hace unos días me presentaron a la marquesa de V. Luego me contaron que todos los días baja, en bata y con los chichos puestos, a pasear a sus dos perros, tan viejos como ella. Los hijos la suplican.

—Mamá, hazlo por nosotros. No bajes con esas pintas.

—Mirad —les dice ella—. Los que me conocen saben quién soy y no les importa. Y los que no me conocen, qué me importan a mí.

EL día primero del año tiene en Las Viñas algo de plácida rutina. No hay nada que delate una noche de excesos ni esa alegría rabiosa, espumeante y un tanto epiléptica de las nocheviejas.

Las nocheviejas solo tienen de aceptable el nombre: la noche de San Silvestre. Me dan ganas de abandonar todo proyecto y empezar una novela, con sombras románticas, cuyo título sea ese: *La noche de San Silvestre*. Es imposible pararse en un escaparate y no sucumbir a un libro con ese título.

En una novela así podría ocurrir de todo. Yo normalmente todos los años nuevos tomo esta determinación: escribir una novela. Luego las cosas vuelven a sus fueros y la novela se queda sin escribir. Alimentarse de ilusiones llena la cabeza y deja limpias las venas, por donde la sangre discurre con despreocupación.

Miro por la ventana. Todavía no ha amanecido y el cielo tiene un color tizón. Por lo demás se adivina en los montes un vago resplandor azul, a cuya luz los árboles, el camino, una casa a lo lejos, parecen bordados con hilaza tosca, como algunos tapices del Renacimiento.

Hace tanto frío en la casa que voy a escarbar un poco en el fuego de la noche anterior y apenas si descubro tres o cuatro brasas, tres o cuatro broches fríos entre la ceniza helada.

Me gustaría escribir una novela. Siempre que se me ocurre una idea tan original, las ansias me sobrevienen de repente. Es decir, me

gustaría ponerme a escribirla esta misma mañana y tenerla lista para la hora de comer. La tarde la dedicaría a hacer algún retoque de estilo, algunos detalles, cosa de poco. A la hora de la cena la tendría lista para el editor. El día de año nuevo me pone, en este aspecto, más apen- tado que nunca. De modo que sí. Voy a escribir ahora mismo una novela. Tampoco una obra maestra. Hasta cuando se sueña conviene ser modestos.

Mi novela transcurre en la noche de San Silvestre, y principia en una estación vacía. El ferrocarril tiene mucha tradición literaria a las espaldas. Por otra parte, esta novela mía se vendería en los kioscos de estación. Hay que pensar en todo. La diferencia entre un novelista y un poeta es esa: el poeta presume de no pensar en nada. El novelista no deja nunca un cabo suelto. En fin.

Un hombre toma el tren en una ciudad pequeña de Inglaterra.

¿Por qué Inglaterra? En Inglaterra, o en cualquier otro sitio lejos de aquí, las cosas suceden más fácilmente.

En cada vagón apenas viajan tres o cuatro personas. Muchos compartimentos están vacíos, pero con la luz encendida. Una mujer de edad indeterminada mira con desinterés por la ventanilla. Le ha tendido al revisor el billete sin ni siquiera levantar la cabeza. Al poco rato, de una de esas miserables, silenciosas y desiertas estaciones, sube un hombre. Es un tipo vulgar. Con paso de can recorre todo el tren. El vagón va vacío y él regresa para colarse en el compartimento donde viaja esta mujer. Se sienta frente a ella, saca tabaco y le ofrece un cigarrillo... Por una de esas fatalidades que hacen posibles las novelas y las obras de arte, la mujer acepta. A los diez minutos, hablan ya animadamente. Según ella cree entender, el hombre va a reunirse con una amiga. Todo muy inconcreto. A la media hora ella le hace una rara proposición: que la acompañe esa noche y se haga pasar por su esposo. Escribo esposo y no marido porque hay que dar la impresión de que se trata de una novela traducida. Trabajarán los dos: ella de doncella y él de mayordomo o camarero.

Ella acude a Madness Castle, en el condado de Essex, contratada esa noche para servir la cena de fin de año a los condes de X, un viejo matrimonio sin hijos. La envían de una agencia de Londres. El hom-

bre, después de titubear, acepta. Al fin y al cabo, el plan de su amiga pasaba por cena con simulacro de felicidad conyugal, etcétera. Todo bastante triste. Sin demasiadas explicaciones. Las explicaciones solo les sirven a los críticos, que las necesitan para saber por qué van a hablar mal de una obra.

Lo malo de las novelas no es ni siquiera terminarlas. Lo peor es lo de en medio. En esta novela mía puedo hacer que esa extraña pareja asesine a los condes de X, les roben y se fuguen a Escocia. Que quien asesine sea el desconocido que subió al tren. O mejor: en realidad la mujer del tren es la misma condesa de X, una solterona ciclónica y arruinada, que se dedica a viajar por Inglaterra buscando hombres que llevarse a su casa. Lo que haga con ellos allí es cosa de poca monta, lo mismo que los viole que los haga jabón. Al arte esos detalles le preocupan poco. ¡Qué sé yo!

Me temo que la novela no estará lista para el mediodía. Me alegro. Si la hubiera terminado, me habría estropeado el paseo de la tarde porque tendría que quedarme a corregirla.

Perdiendo el tiempo de esta manera, se ha hecho de día. El año nuevo salió de entre las sombras como esas heroínas que empiezan el día asomando un pie deliciosamente pequeño y blanco de entre sábanas de raso. La escarcha lo cubría todo y los olivos tenían la quietud del invierno. Durante una media hora se dejaron escuchar los ruidos de siempre: un perro a lo lejos, algunos jilgueros y el escándalo de un pavo que todas las mañanas merodea por el jardín. No sé cómo no se lo han comido todavía. Lo está pidiendo a gritos.

EN la masonería existe la expresión «pasos perdidos», referida a las reuniones que se realizan fuera de la logia. También me gustaría que estos cuadernos tuvieran esa acepción masónica de salir por ahí, a comisiones misteriosas.

YO creo que no voy a ser capaz de escribir *La noche de San Silvestre*, pero se me ha ocurrido otra novela esta mañana, untándome la tosta-

da. Vi muy claro el argumento, como Baltazar en el muro de su palacio las palabras divinas.

Al mediodía tenía escritos cinco folios y habían empezado los primeros problemas.

He luchado a brazo partido, pero fue inútil. Tenía la historia bien amarrada, pero se me ha ido escurriendo entre los dedos como una gota de mercurio. Por la tarde, ya francamente atascado, me he levantado de mi silla, he cruzado el largo pasillo y me he untado de nuevo una tostada. Luego otra y otra, invocando a la inspiración.

En ese momento sonó la hora en el reloj de las Góngoras. No he sabido nunca si son las campanadas de un reloj o una campana que llama al coro. Las he contado: para dar la hora sobraban algunas; para llamar a vísperas eran pocas. Por otra parte sonaban con poca convicción.

Miré los tejados de Madrid. Al fondo el atardecer ensayaba una retirada digna, sin conseguirlo tampoco.

Después de comprobar la poco halagüeña marcha del mundo, he vuelto a mi mechinal comiéndome una manzana a mordiscos.

Tres folios más, pero ya con pocas ilusiones. He comprendido que el mundo lo mueven gentes como Bonaparte, pero el Código Napoleónico lo escribieron funcionarios como yo, escrupulosos y cumplidores.

El mejor momento del día, sin embargo, vino después, hace un rato, cuando les he hecho a mis hijos con esas ocho hojas una flotilla de avionetas que volaban de maravilla.

EL único defecto que yo les encuentro a las flores del campo es que no pueden ir de un lado a otro, como los vagabundos.

SI Cervantes viviese, el primer premio Cervantes se lo llevaría Lope de Vega.

LA cabalgata ha vuelto este año, Dios sabe por qué túnel, a los años cincuenta. Menos caballos, menos pajes, menos betún para el rey Baltasar.

Los pajes traían en las manos unas bengalas lamentables que escupían sin fuerza chispas y centellas moribundas a las puntas de los zapatos. En cuanto a Baltasar, se había embadurnado lo imprescindible. Se le veía la cara de un color mermelada de ciruela hasta las orejas. Las orejas, la nuca y el cuello permanecían blancos como la leche, lo mismo que sus peludas manos. Más que maquillarse, se había puesto una careta. Era un rey gordo, aunque no tanto como los cristales de las gafas que llevaba. G. lo había encontrado tan genuinamente africano que, entusiasmado, me arrastró hasta donde estaba en medio de una tribu de niños enloquecidos. G. andaba estos días preocupado con lo que le traerían o no los Reyes. Le he subido en brazos y cuando se encontró delante de Baltasar no se anduvo con rodeos: «¿Cómo va lo mío?», le gritó. El mago lo tranquilizó y le dio un beso en la frente. A G. se le iluminó entonces la cara por dentro, lo mismo que a Alejandro Sawa el día en que Verlaine le osculizó la calva. Si por él fuera tampoco se lavarían la frente en años. R., como ya no cree en los Reyes, miraba a su hermano, feliz de participar en un secreto de tanto valor estratégico para él, al tiempo que no perdía ocasión para dirigirse a nosotros con una mirada de inteligencia en la que buscaba que se leyese: «¡Criatura! ¡Mira que no darse cuenta todavía!». Hace un año era él el que se me subió a los brazos para hablarle a este mismo hombrón que pinta sus patillas con corcho quemado.

Siempre me ha maravillado la manera que tienen los niños de preservar el secreto de los Reyes Magos de los más pequeños. Entre los de la misma edad, no. Es el único secreto que en cierto modo saben guardar. Podrían revelarlo. No lo hacen. Quizá porque son conscientes, desde muy chicos, del paraíso del que han sido salvajemente expulsados. Quizá porque aún conservan un corazón grande, la esperanza de retornar a él.

Los Reyes de este año han sido también para ellos más pobres que los del año pasado.

Cuando la casa se quedó en silencio, sacamos los regalos de la hura donde permanecían ocultos. Después de ponérselos sobre unos zapatos poco relucientes, porque también son viejos como nuestras gabardinas, fuimos a verles en sus camas. Dormían encogidos debajo de cin-

co mantas como en una de tantas historias de Reyes Magos, y su madre y yo compusimos, mientras les contemplábamos arrobados, una de esas estampas que hacen llorar en una película de Capra.

HE pasado cerca de una hora en la pecera del Círculo de Bellas Artes, de manera que he tenido tiempo más que de sobra para observar con detenimiento unas cuantas caras. No había mucha gente. La primera conclusión, un poco dramática, es de orden general: la mayor parte de los que estaban allí tenían aspiraciones artísticas. Se les notaba en las barbas y en los trajecillos baratos que llevaban.

Yo creo que no tener dinero no es un crimen, pero si no se tiene no hay por qué disimular. Vestían trajes de mal género, pobretones, pero llenos de diseño, porque el diseño suele ser como las especias: se abusa de ellas cuando se quiere camuflar una carne pasada o un pescado podrido. Vi a dos o tres, de unos treintaicinco años, que llevaban pajarita. La pajarita a esa edad es ridícula, como gastar tirantes o calzar sombrero. Algunos, en cambio, encuentran que echarse todo eso encima les vuelve muy interesantes y sofisticados. ¿Por qué desengañarlos? Para usar pajarita hay que escribir como Mann, si no es mejor no hacer el cretino imitando a este o al de más allá. Eso o esperar a tener los setenta años. A esa edad uno puede hacer lo que le dé la gana.

Yo estaba sentado en un rincón, solo, apoyado en mi paraguas. Entonces me vino a la memoria la foto de Machado en el café de las Salesas con el bastón entre las manos, y dejé mi paraguas con mucha discreción en la esquina. Conviene evitar los paralelismos, sobre todo en el apartado complementos. Luego seguí observando aquel cuadro moral. Seguramente teníamos todos cara de guardar en un cajón dos o tres libros de poemas y alguno, por la arrogancia con que pedía las consumiciones, incluso una novela.

En general se les veía que se encontraban muy a gusto en aquel lugar, como si estuvieran llevando a cabo el rito de ser artistas. Hemos visto tantas fotografías históricas, que hay que ser muy escéptico para no creer que estamos viviendo tiempos «históricos».



Yo creo que muchos de los que estaban en el Círculo a aquella hora, la una de la madrugada, eran gentes de provincia, ese tipo de profesores de instituto o pintores locales que vienen a Madrid a poner el trasero en la misma silla en que se sentó X, o a tomar una copa aquí, porque les han dicho que la *movida* pasa por este bar siniestro del Círculo. Tal vez esperan ver de lejos a alguien conocido, a alguien célebre.

Todo esto lo saben los camareros, que le miran a uno con lástima. Hace veinte o veinticinco años llegó al Gijón por primera vez un amigo mío. Venía de Albacete y llevaba todavía pantalón corto. Quería ser escritor y había leído muchas crónicas de Ruano, de manera que se plantó en el Gijón y llamó a un camarero:

—¿Qué va a ser?

—Recado de escribir —le ordenó con indiferencia.

El camarero le echó una ojeada por encima de la bandeja, vio el género y respondió con sorna:

—¿Solo o con leche?

Yo a mi camarero le he debido de decepcionar, porque no he pedido más que una botella de agua mineral, y ni siquiera con gas. El camarero se ha vengado mirándome cada cinco minutos, recordándome de paso que me habían dado plantón. Cuando salí a la Gran Vía bajaban los coches de los cines y me juré no volver a este lugar: para la gente que lo frecuenta, tiene los techos muy altos.

AL tener estos días de buen tiempo el balcón abierto, oímos de vez en cuando a Miguel, el loco de la calle, un loco como los de antes, de esos a los que tiraban piedras los chicos y a los que las madres daban un trozo de pan, enternecidas de verle solo, enternecidas de ver que no se trataba de un hijo suyo.

Viene por aquí desde hace cinco años. Los locos, como los asesinos y los enamorados, vuelven siempre al lugar del crimen, al lugar donde fueron felices.

Miguel viene a estar con el panadero, un viejo que le deja quedarse en la panadería, siempre que no le estropee la parroquia, como él dice.

Es joven, no mayor de veinticinco años. Va sucio, con ropas de limosna y barba negra de días. Ha debido de ser muy guapo. Hay algo noble en sus ojos, que le brillan como dos tizones

Al andar cojea algo, secuela de alguna paliza o de la polio.

Este loco tiene dos maneras de ser: pacífico y agresivo, imprevisibles las dos.

Cuando está pacífico el panadero habla con él, según me ha dicho. Le pregunta sobre su vida pasada, de la que se acuerda vagamente. Parece ser que es huérfano y que estudió latín en algún seminario, porque de vez en cuando echa parrafadas en latín, sobre todo en los momentos en que desata su cólera. En esos momentos, el panadero dice que se pone imposible y le echa del establecimiento, «por atención al público».

Es entonces cuando le oímos. Pega unos gritos desgarradores, insulta al panadero, a Dios, a la Virgen. Esto me hace pensar a mí que haya tenido que ver con cosas de iglesia.

La gente le mira parada en la calle sin atreverse a mover un pelo, por temor a que la emprenda con uno.

Suele llevar algo liado a la cabeza, una manta, un pantalón, un saco, como hacen los carboneros. El otro día le vi con un velo de misa y tenía aspecto luciferino.

Según el panadero es un chico de buen corazón. A veces pasan dos semanas en que viene todas las tardes. Luego no se le ve en tres meses. Al panadero le llama papá. Llega y dice: «Papá, dame unos pantalones. Estos están viejos», o «Dame dinero, que no tengo». El viejo, si tiene unos pantalones raídos, se los da. Lo del dinero lo veo menos, porque este comerciante es un hombre que tiene ochenta años, se levanta todos los días a las cuatro de la mañana y no ha cerrado la tahona ni un solo día en sesentaicinco años.

Un día llegó el loco y le dijo: «Dame un abrigo. Paso mucho frío por las noches». El viejo se preocupó y le buscó un abrigo entre los parroquianos del barrio. «Estaba nuevo —me asegura—, nuevo, casi sin estrenar», pero el loco lo regaló al día siguiente a otro pobre más pobre que él. Para el panadero la suya es una gran obra de misericordia. En cambio la del loco no es más que una insensatez, un mal negocio, porque seguirá pasando frío.

El panadero ha tenido que avisar a la policía algunas tardes para que se lo lleven de allí, sobre todo tardes de tremolina, en las que el loco grita hasta reventarse las venas del cuello.

Entonces llega la policía y se lo lleva, lo meten en un psiquiátrico y aparece a los dos o tres días sin rencor, como un perro apedreado, con su cojera de marinero.

Ahora estaba gritando ahí fuera. Contra Dios, contra el mundo, contra estas líneas que a alguien beneficiarán menos a él.

LA sombra es el alma visible de las cosas.

A LOS artistas se los caza como a las alondras, con un espejo.

HACE diez o doce años conocí a un tipo con una salud quebradiza. No se alimentaba más que de tisanas y de caldos y se pasaba el día pulsándose la salud.

Cuando no andaba delicado del estómago, padecía unas cefalalgias que lo torturaban. Sucesivamente sufrió fiebres de origen reumático, punzadas y bascas, el bolo histérico, una infección seria del riñón y, por último, una faringitis de tipo nervioso y funcional que le quitó la voz, lo que le obligó a estar casi tres meses de baja sin poder dar clases, que era a lo que se dedicaba.

Se paseaba con un aire siniestro. Se le puso la cara de color de parafina y los huesos de las manos se le torcieron. Una temporada aturdió a todo el mundo con una enfermedad del hígado que aseguraba padecer. Le hicieron toda clase de análisis y no le encontraron nada.

Había estado casado, pero la mujer se enredó primero con un amigo y más tarde con uno que conoció en un festival de jazz. Vivía solo. Las mujeres, de las que hablaba a menudo, le huían todas, y eso le tenía condenado a un onanismo triste y sombrío o a encuentros mercenarios no menos tristes y sombríos.

Los amigos le decían:

—La vida que haces no es sana.

—Ya lo sé. Pero ¿qué queréis?

—¿Has probado el campo?

—No me gusta. El cambio de aguas me sienta como una patada.

—¿Por qué no haces ejercicio? ¿Por qué no vas a un gimnasio?

—Ya no. El deporte está bien si lo has hecho desde joven. Si no, cascas pronto.

Le perdí de vista y le he vuelto a ver el otro día, de lejos, cruzando la Gran Vía. Era otro. Había engordado, venía fumándose un puro de una cuarta y estaba nuevo. Tenía un color saludable, de haberse comido un solomillo de toro en el almuerzo.

Se lo he contado a M.:

—He visto a mengano.

—Imposible —me ha dicho—. Mengano se murió hace más de un año.

—Pues era él.

—Te habrás equivocado.

A mí me pareció enteramente él, pero se conoce que no.

Es casi seguro que de cada uno de nosotros hay dos. Uno que marcha arrastradamente y otro que fuma habanos. Uno con tendencia a la clorosis. El otro, parroquiano de lo etílico y las congestiones.

A mí me gustaría encontrarme con el que se está fumando mis cigarros, bebiéndose mi cupo de vino en esta vida y metido en orgías hasta el cuello.

MI lesión me ha tenido sujeto a la cama durante unos días. Los primeros en el campo, hace cinco meses. Recuerdo la primera noche de crisis aguda. Miraba el ventanuco casi conventual del dormitorio y confiaba en el paso del tiempo, es decir, en que el tiempo arrastrase el intenso dolor, como arrastra el viento un nublado. Esperaba ver en la aurora la desaparición del tiránico sufrimiento que me mantenía insomne, sin poder adoptar una postura en la que quedarme agazapado, insensible a todo, con la cobardía de las liebres. Pero la noche no pasaba. En el ventanuco estaba fijo un azul muy intenso, apenas aclarado por la luz

lechosa de las estrellas. Se oía, entre las cañas, una sapa de San José, como la llamaba mi padre, un sapo que ahuecaba la flauta detrás del jardín. El dúo lo completaba el cárabo, a los lejos. La casa estaba en silencio. Solo el que espera la aurora sabe lo que esta tarda en llegar. En el menor cambio de tono en el cielo yo creía ver un heraldo. No había poesía ninguna en aquellas horas, sino solo sufrimiento y un acuciante deseo de que se hiciera de día y desapareciera aquel azul tan hermoso y se callaran los sapos y el cárabo, pero pronto volvería todo a sumirse en esa tristeza que es el dolor mientras todos duermen.

M. estaba a mi lado. Son sentimientos de orden diferente, pero tanto como el amor, el dolor nos descubre algo que desconocíamos, e igualmente valioso. En aquellos momentos hubiera deseado tener toda la salud y vigor posibles para ponerlos sobre sus hombros mientras dormía, agotada, crispada, arrancada sobre el vértice de mi crisis de su reposo, rendida por el sueño. Mientras ella dormía, es decir, mientras se hacía la ilusión de que arrebataría a aquella noche larguísima siquiera dos minutos, solo dos minutos oscuros, difíciles y recónditos, como las dos oscuras violetas que esconde una piedra (por no decir que sepulta), mientras dormía, hubiera querido posar mi mejilla en su espalda, respirar el perfume de su pelo y quién sabe, tal vez abandonarme a ese simulacro de sueño, de paz, de silencio que nos igualara a los dos.

Pero yo solo podía mirar hacia el ventanuco. Cuando por fin fue clareando, el día se quiso anunciar con el canto desacompañado y sonámbulo de unos pocos pájaros. Hubiera deseado levantarme, abrir la ventana, destrabar la falleba del balcón y entregarme al misterio de un día que comenzaba, a pesar de mi incompreensión. Pero el dolor me impedía cualquier cosa que no emanara de él o que no me condujera fatalmente a sus redes. Como el amor, el dolor responde a los mismos impulsos y pide de nosotros una sumisión de siervos. Habría querido repetir en silencio: te quiero. Pero de mis labios solo salían estas palabras, en esencia las mismas: sufro, sufro, no resisto el dolor.

Y de esa manera se cerraba la simetría de esas otras auroras, en las que felices, decimos: te quiero, te quiero con un amor infinito, mien-